

TOMÁS GARCÍA YEBRA

El profesor chiflado y Mister Wert



El profesor chiflado y Mister Wert

COLECCIÓN
LITERADURA

Tomás García Yebra

El profesor chiflado y Mister Wert



Primera edición: abril de 2014

© Tomás García Yebra, 2014

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2014
c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)
www.funambulista.net

IBIC: FA

ISBN: 978-84-942380-2-4
Dep. Legal: M-8940-2014

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *Andrés García Yebra en la escuela pública de Las Navas del Marqués (Ávila)*, 1961, ©Archivos familiares.

Foto en el interior de la cubierta: *Tomás García Yebra durante una charla-coloquio con alumnos del Instituto María de Córdoba, Las Navas del Marqués (Ávila)*, 2009.

Producción gráfica: AFANIAS Industrias Gráficas

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

El profesor chiflado y Mister Wert

Para mis hijos, María y Álvaro, a los que adoro

Para mi editor, Max Lacruz, por la libertad que me regala

*Para Julio San Martín Gisbert.
Si él no hubiese nacido, este libro no existiría*

*Si corriges a un sabio le harás más sabio;
si corriges a un ignorante le convertirás en tu enemigo*

SÉNECA

EL PROFESOR CHIFLADO APUNTÓ CON SU METRALLETA GALÁCTICA hacia la pizarra y comenzó a disparar ráfagas de rayos.

¡Ratatatatata!... ¡Ratatatatata!

En la pizarra aparecían escritos varios títulos de libros: *El Quijote, La Celestina, Cantar de Mio Cid, Platero y yo, El condenado por desconfiado...*

¡Ratatatatata!... ¡Ratatatatata! Los rayos rebotaban en la pizarra formando chispas de colores; chispas verdes, rojas, amarillas...

El profesor chiflado, cuyo nombre de pila era Eufrasio y su apellido Tónico; es decir, don Eufrasio Tónico, se dio la vuelta con la metralleta.

Instintivamente los treinta y nueve alumnos de primero de bachillerato del colegio privado Aleksis Kivi alzaron las manos para protegerse la cara.

—¡Esos libros que veis ahí! —apoyó la metralleta sobre la mesa—. ¡Esos libros cuyo título se encuentra al alcance de vuestros ojos está terminantemente prohibido leerlos!

Los alumnos no daban crédito. Era su primer día de clase de Lengua y Literatura y nunca habían vivido un comienzo de curso tan espectacular.

Poco a poco dejaron de protegerse la cara y volvieron a apoyar los brazos en los pupitres.

Don Eufrasio Tónico iba vestido con un extraño guardapolvo de color gris. Tenía una barba cenicienta, el bigote con las guías hacia arriba y los ojos pequeños pero muy expresivos. Frisaría los sesenta años. Era alto, delgado, las manos huesudas. De pelo andaba escaso. El poco que lucía le brotaba en la nuca y le llegaba casi hasta los hombros. Se daba un aire —solo un aire— al don Quijote dibujado por Gustavo Doré, un personaje al que acababa simbólicamente de ametrallar.

—¿Por qué no podemos leer esos libros? —preguntó con voz firme Juan Keats.

—Porque esos libros, a vuestra edad, os pueden hacer daño. Muchísimo daño. Incluso os pueden castrar. ¿Sabéis lo que es castrar?... Sí, castraros, como a los cerdos. Eso os puede pasar si intentáis leerlos. Su lectura os puede arruinar el interés y el gusto por la letra impresa. Además, para siempre, sin posibilidad de enmienda.

El profesor se quedó quieto, recorriendo con la pupila los rostros de cada uno de sus alumnos. Estos le miraban a él, atónitos.

No movían un músculo de la cara.

—Son obras maravillosas, excelsas, sublimes, pero hay que tener paciencia y preparación literaria para apreciarlas, algo de lo que de momento carecéis. Estáis en esa edad en la que hay que leer de una manera torrencial, gozosa, divertida, y para eso no se puede empezar por el siglo xiv ni por el xv, ni siquiera por el Siglo de Oro. Hay que hacerlo al revés. Comenzaremos por el xxi e iremos retrocediendo hacia atrás. ¿Que no llegamos a los sumerios? ¡Pues que les den por retambufa a los sumerios! Pero la prosa de Miguel Delibes, de Francisco Umbral, de Pío Baroja, de Unamuno, de Azorín, de Juan Valera, de Palacio Valdés, de Julio Camba, de Jardiel Poncela y de tantos autores del siglo xix y del xx no os la podéis perder. ¡Sería una irresponsabilidad por mi parte y un pecado mortal ante los ojos de Dios!

Don Eufrasio Tónico caminó unos pasos, las manos cogidas por detrás. Iba frotándose los dedos gordos. Se paró en un lateral y miró de nuevo a los alumnos.

—Se aprende a caminar con Harry Potter, con Tom Sawyer, con Tintín, con Sherlock Holmes, con los vampiros, los detectives, las novelas de aventuras, las novelas de miedo, las novelas de amor, las de ciencia-ficción, las del Oeste...

Con lo que queráis excepto con *La Celestina* o con el *Cantar de Mio Cid*.

Los alumnos mantenían los ojos muy abiertos. No se oía un solo murmullo.

—Es importante que cada uno de vosotros encuentre aquellas lecturas que sintonicen con su sensibilidad. No a todos os tiene que gustar el mismo tipo de libro. A uno le pueden entretener los vampiros y a otros no. A mí, a vuestros años, me encantaba Salgari y a uno de mis mejores amigos le apasionaba Julio Verne. A mí me divertían las aventuras de Tarzán y a él le parecían demasiado selváticas... Por tanto, el abrelatas lo tenéis que encontrar vosotros. ¿Cómo se encuentra? Muy fácil. Coged bolígrafo y papel y apuntad.

El silencio fue roto por el pequeño estruendo que armaron los alumnos al sacar el material de sus carteras y de sus mochilas.

—Deberes para mañana —dijo don Eufrasio—. Primer deber, no venir a clase. Vais a una biblioteca pública, cada cual a la que más cerca quede de su domicilio. Os hacéis socios. Las bibliotecas públicas son gratuitas. Llevaos una foto. Cuando os den el carné entráis en la sala y empezáis a fisgonear libros. Que cada cual escoja uno. Solo uno. Puede ser una novela, un ensayo, un cómic, una biografía, un poemario o los pensamientos de Pascal. No me voy a asustar de

nada. Eso sí, el libro que escojáis lo tenéis que tener leído dentro de un par de semanas.

Don Eufrasio se rascó ligeramente la barba.

—Una cosa más —dijo—. Apuntad las siguientes palabras.

Hizo una pausa mientras pensaba.

—Apuntad: castrar, figonear, poemario, sumerios, Julio Verne, Emilio Salgari, Pascal... Os preguntaré su significado.

Les miró durante unos segundos y esbozó una sonrisa.

—¿Alguna pregunta?

Juan Keats levantó de nuevo el brazo.

—¿Por qué ha ametrallado usted *Platero y yo* si es un libro muy sencillo de leer?

—¡Miau, sencillo! —replicó el profesor con expresión gatuna—. A lo mejor es usted un privilegiado, uno de esos niños que a los cuatro años tocan el piano o juegan maravillosamente al ajedrez, pero para la generalidad de esta clase *Platero y yo* resulta inaccesible. Este libro es como un Vega Sicilia, un vino que necesita de mucha experiencia y de años de reposo para poder arrancarle todos sus matices. *Platero y yo* se puede intentar leerlo —con precaución— a partir de los veinticinco años.

Don Eufrasio achinó los ojos y planeó pícaramente con la mirada por la totalidad del aula.

—Todos sabemos, o deberíamos saber, que *Platero y yo* es una obra de Juan Ramón Jiménez... Pero yo pregunto: ¿alguien sabe quién es Platero y Tú?

Un bosque de brazos y de risas reclamaban la atención del profesor.

—Usted —señaló a uno de los alumnos.

Eladio Pixtol se levantó de su asiento.

—Explíquenos quién es Platero y Tú.

—Un grupo vasco de rock.

—Qué más.

—Sus canciones hablan de bares, de drogas, de amores chungos, de todo lo que nos pasa a nosotros. Pero ya no cantan. Hace años que se rayaron y se separaron.

—¿Rayaron?

—Sí, se enfadaron; no están juntos.

—Muy bien —sonrió el profesor—. ¿Su nombre?

—Eladio.

—¿Qué canciones de este grupo te gustan más?

—El primer álbum que sacaron, *Voy a acabar borracho*, es mi preferido. También molan *Muy deficiente* y *A pelo*.

—Estupendo, Eladio. Tienes un punto positivo.

A continuación se dirigió a la clase.

—Es todo por hoy. Con Platero y Tú damos por concluida la jornada. Os podéis marchar.

EUFRASIO TÓNICO ATRAVESÓ el pequeño jardín del colegio y enfiló por la calle Serrano abajo. Cruzó las calles de Miño, Oria, Nervión, bordeó la plaza de los Delfines, subió por Doctor Arce, se paró un momento en la plaza de Santa Gema, contempló la escultura dedicada a Julián Besteiro, bajó por Leizarán, se metió por la calle Sil y volvió a torcer para adentrarse en la minúscula y encantadora calle Irati.

En el número 6 B vivía don Eufrasio. Era un chalé de dos plantas (aparte del sótano) cuya fachada estaba pintada en un llamativo color azul cobalto.

El colegio finlandés Aleksis Kivi y la casa de Eufrasio Tónico se encontraban situados en el corazón de El Viso, uno de los barrios más distinguidos de Madrid. En España, hasta la fecha, solo existen dos colegios de enseñanza finlandesa: uno

en Fuengirola (Málaga) y el otro en El Viso, a pocas manzanas del estadio Santiago Bernabéu. En este barrio, muy *chic*, hay casas con colores atrevidos que rompen la serenidad de los verdes, tono predominante. Los moradores más rancios protestan porque, según ellos, «son colores de carnaval». El atrevimiento siempre molesta a la vejez.

Don Eufrasio sabía educar y sabía enseñar, dos cualidades imprescindibles para poder impartir clase en cualquier país con vocación de prosperidad y concordia. «Si quieres ser un buen profesor te tienes que divertir; si no te diviertes tú es imposible que los alumnos aprendan algo», solía comentar a sus colegas. Algunos de ellos, sin embargo, se lo rebatían: «Lo principal es saber de lo que se habla, porque si te diviertes, incluso si te partes de risa pero no sabes una palabra de la materia que impartes, entonces puedes optar a una plaza de *clown*, pero no de profesor», le dijo un día el responsable de Matemáticas.

Don Eufrasio, que odiaba a los sofistas y a los matemáticos, contraatacó con temple. «Hay sabios, incluidos premios Nobel, que son absolutamente negados para hacer comprender al prójimo lo que ellos saben; saber y saber enseñar son cualidades y capacidades distintas, a veces incompatibles».

Estaba convencido de que si en España se importara el plan de estudios de Finlandia —considerado el más completo y selecto del mundo— mejoraría el nivel de nuestra en-

señanza y la futura calidad corporal y espiritual de los alumnos. Este plan, en su opinión, debía planificarse a cincuenta años vista. «Un plan blindado, inamovible, gobernara quien gobernase».

Antes de incorporarse al colegio de El Viso, Tónico estuvo varios años en Helsinki. Un amor no correspondido (por parte de él) fue lo que le hizo regresar. En realidad fueron dos amores no correspondidos (por parte de él) los que le hicieron regresar. Tónico, de joven, tenía bastante gancho con las mujeres. Su primera novia, Ellen Lendit, era muy habladora. Al comienzo de sus relaciones le hacían gracia sus ocurrencias, pero al final le terminaron cansando. Tónico la dejó y ella se arrojó al vacío desde un sexto piso. La segunda novia, Therry Mills, monilla, de nariz respingona, era una maniática del orden y la limpieza. Además organizaba la vida de él con la mentalidad de un sargento. Tónico la abandonó. Therry, al día siguiente, se lanzó a las heladas aguas del río Kokemän. «Los países nórdicos —reflexionaba el profesor— son modélicos en muchas cuestiones, pero la facilidad de sus ciudadanos para quitarse de en medio es un problema que los gobiernos deberían afrontar».

Don Eufrasio se asustó ante las reacciones de sus dos novias y abandonó el país.

Tras superar unas duras pruebas pedagógicas y psicológicas le fichó el colegio de Fuengirola. Allí demostró su

facilidad para conectar con los alumnos y su inagotable capacidad para la inventiva y para reinterpretar la realidad. Nadie olvida aquel día que se disfrazó de indio *sioux* para explicar «la conquista del Oeste con otra mirada». El colegio —nunca se supo quién dio el chivatazo— recibió un toque de la embajada de los Estados Unidos.

La directora del centro de El Viso, Sabina Aldecoa, había respirado los aires de la Institución Libre de Enseñanza, un proyecto educativo fundado a finales del siglo XIX por Francisco Giner de los Ríos. Viuda de un conocido escritor, a Sabina Aldecoa le encandilaba la heterodoxia del profesor de Lengua y Literatura. Según ella los profesores se clasifican en tres categorías: los que pasan inadvertidos, los que castigan y suspenden para disimular sus carencias, y los que arrancan las mejores cualidades de los alumnos. Aldecoa estaba convencida de que don Eufrasio era uno de esos seres privilegiados que surgen muy de cuando en cuando.

El singular domador de alumnos estaba bien retribuido. Su salario doblaba el de los profesores de la enseñanza pública en España. Aunque aparentemente sus clases eran caóticas e improvisadas, las preparaba a conciencia. «La improvisación es una larga paciencia», decía.